



Mariátegui y el Seudo Mariateguismo actual

UNMSM-CEDOC

JORGE DEL PRADO

Jorge Del Prado

**Mariátegui
y el pseudo
Mariateguismo
actual**

EDICIONES UNIDAD S.A.
LIMA — 1983

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

MARIATEGUI Y EL SEUDOMARIATEGUISMO ACTUAL

Al abordar el tema de hoy estableceremos una relación entre el 89o. aniversario del nacimiento de José Carlos Mariátegui y el movimiento que ha surgido hace pocos meses con el nombre de “mariateguismo”. Movimiento que, dicho sea de paso, ni siquiera ha recordado esta fecha.

Nos parece pertinente, entonces, ocuparnos no sólo de los esfuerzos que hacen tres organizaciones de izquierda —VR, MIR, PCR— para fusionarse en un partido, tomando la denominación “mariateguista”, sino también reafirmar la vigencia de la obra del Amauta, para que su muerte física no sea acompañada de la muerte ideológica. Por eso este año debemos rendir homenaje a Mariátegui defendiendo la autenticidad de su pensamiento, la plenitud de su concepción marxista-leninista.

Desde que murió José Carlos han sido numerosos los intentos por deformar su pensamiento. Con él ha ocurrido lo que Lenin dijera refiriéndose a los reiterados intentos de mixtificar post mortem las personalidades de Marx y Engels para *“engañar a las clases oprimidas, castigar el contenido revolucionario de su pensamiento, mellar su filo, bastardarlo”*. Tal situación ha procedido generalmente de parte de las clases reaccionarias. En nuestro caso, antes de ahora, también de parte del aprismo.

Lo nuevo viene a ser hoy que esta tendencia surge de un sector de partidos de izquierda, aliados nuestros. Ello puede llamar a engaño y sembrar confusión y recelo en nuestro frente. A diferencia de los intentos anteriores, puede ocurrir ahora que las deformaciones del pensamiento de Mariátegui se introduzcan sutil y fácilmente en el seno del movimiento popular. Nosotros, comunistas, interesados en acumular fuerzas a través del proceso de unificación de todos los sectores de izquierda y populares para la conquista del poder, para la construcción del socialismo y para hacer realidad el pensamiento palpitante de Mariátegui, no podemos oponernos a que varios partidos de izquierda intenten integrarse en un partido más grande. Ese deseo es legítimo y hasta podría ser un camino para evitar la atomización de esos grupos.

Sin embargo, surgen tres cuestiones que nos preocupan. En primer lugar, que lo hagan cuando existe ya el gran movimiento de coordinación y unificación que significa Izquierda Unida, proyectada a convertirse en alternativa de poder; en segundo lugar, que procedan así justamente, cuando vivimos las vísperas de las elecciones municipales, y antes de que IU haya designado sus candidatos; y, en tercer término, que este proyecto se autodenomine “mariateguismo” o “mariateguista”.

¿UNA CUÑA AL INTERIOR DE IU?

Quiéranlo o no estos compañeros, su movimiento, constituye pues, una virtual cuña al interior de IU, generando la diferenciación entre dos bloques y con ello un serio peligro para la unidad. De otro lado, aparece, objetivamente, como un movimiento tendente a ganar más peso específico en la correlación de fuerzas de IU. Asimismo, la ciudadanía no politizada se encontrará con una división entre los que se consideran “mariateguistas” y los que —según ellos— no lo son. Dentro de esta polarización se pretende excluir a nuestro Partido, que precisamente fue fundado por Mariátegui, insinuando así la absurda idea de que nosotros, los comunistas, no somos mariateguistas.

Centrando nuestra atención en este último aspecto, corresponde precisar cómo entienden estos compañeros el pensamiento de Mariátegui. Debemos advertir, no obstante, que no existe aún unidad de criterio entre las definiciones de sus principales voceros y que, incluso, aparecen evidentes contradicciones. Un sector no desconoce formalmente que Mariátegui fue marxista-leninista, aunque este concepto lo acomoda subjetivamente al pensamiento de sus portavoces. El otro sector, que también toma el nombre de Mariátegui, recusa el marxismo-leninismo basándose en dos premisas falsas: 1) que ambos términos no son una sola concepción; y 2) que ni el marxismo ni el leninismo pueden ser aplicados a todos los países del mundo, calificándolos de válidos sólo para los Estados donde surgieron sus fundadores y vigente para la realidad que se vivía cuando aparecieron.

Realizaremos nuestra refutación recurriendo a las propias concepciones del Amauta.

Según los neo-mariateguistas o seudomariateguistas, anteriormente, no se interpretó en forma correcta el pensamiento de Mariátegui. Se proclaman, por eso “reivindicadores”, o “rescatadores” del “verdadero pensamiento” de José Carlos.

TRES TEMAS DEFORMADOS QUE DEBEMOS ACLARAR

Son muchos los conceptos que los compañeros “rescatadores” han venido exponiendo en sus escritos, la mayoría difíciles de entender desgraciadamente por el lenguaje rebuscado, supuestamente técnico y, totalmente, extraño a Mariátegui, inclusive en la forma. Del conjunto de planteamientos deformados y virtualmente revisionistas, podemos extraer tres temas que consideramos fundamentales:

1.— *El “socialismo nacional o “marxismo nacional”, inspirado casi exclusivamente en lo que ellos consideran la realidad peruana, al margen de la situación internacional.*

2.— El “socialismo democrático”, contrario a la idea de la dictadura del proletariado.

3.— El “partido pluriclasista” “partido de masas revolucionario”, contrario a la idea del partido del proletariado.

En relación a la primera cuestión, quieren dar a entender que Mariátegui sólo tuvo en cuenta la realidad peruana, que no consideró para nada el contexto internacional que la rodea. Consiguientemente, según ellos, el fundador del PCP no consideró a la Revolución Rusa como un acontecimiento de alcance histórico universal, la consideró un fenómeno aislado al igual que cualquier otro de la época. De lo anterior, coligen que no existen partidos precursores, con experiencias útiles para los demás; y de allí infieren también que la Revolución de Octubre no representó un viraje en la historia universal; que la construcción del primer país socialista, y su poderío actual, no desempeñan ningún papel positivo en la situación mundial de nuestro tiempo.

Asimismo, siguen deduciendo que el socialismo debe insurgir en cada lugar separado del contexto internacional, independiente de lo que ocurre en otros países. En buena cuenta, a ellos les inspira la aversión que tienen al movimiento comunista internacional, al principio de que la revolución en cada país, y actuando de acuerdo con su propia realidad, forma parte de la Revolución Socialista Mundial. Postulan un socialismo “no alineado” para oponerse a lo que llaman “centros de influencia internacional” y a lo que denominan “hegemonía” de la Unión Soviética.

De todas estas afirmaciones, hay una que merece atención especial.

Nos referimos a aquélla que pretende “refundar” el marxismo, en base a nuestra realidad. Dicho en otras palabras, hay que hacer “otro marxismo” o un “marxismo distinto” a los demás.

Por otro lado, ellos afirman que el socialismo científico que nosotros postulamos, el que existe en los países de la comunidad socialista, no es democrático ¿Por qué? Porque para estos teóricos no significa nada que la sociedad en su conjunto y todos los que la conforman tengan posibilidades concretas de realizar la democracia efectiva; consideran que lo fundamental consiste en que se reconozcan formalmente las libertades individuales.

Y como, según ellos, éstas no existen en los países socialistas, argumentan que allí no hay socialismo verdadero. Que existe sólo una “burocracia explotadora” en el poder; que son países totalitarios y anti-populares por ser antidemocráticos, dicen.

Otro punto de vista rebatible en su concepción del Partido como

un partido no de la clase obrera, del proletariado —defendiendo los intereses de todos las capas explotadas—, sino como un partido de “las clases revolucionarias”. De este modo, propician ellos un partido que englobe, al mismo tiempo, y en la misma categoría, al proletariado y a otras capas sociales, es decir, un partido pluriclasista. Niegan así las ideas del partido como vanguardia revolucionaria y del proletariado como principal fuerza motriz de la revolución.

Cabe anotar que para atribuir estos conceptos a Mariátegui, se apoyan en formulaciones no expresadas por él. Señalan algunos indicios extraídos subjetivamente de los textos del Amauta, en base de los cuales hacen deducciones incorrectas. Ellos suponen que Mariátegui quiso decir tal o cual cosa. . . y nada más.

CUATRO FALSAS PREMISAS

¿ Cuáles son los indicios? Parten del propio nombre del Partido, que, como sabemos, no nació llevando el nombre de Partido Comunista, sino el de “Partido Socialista del Perú”. Mariátegui explicó que esta denominación se efectuaba por razones tácticas; porque en ese momento la palabra “comunismo” estaba muy satanizada por la propaganda reaccionaria imperante; y ello hacía sumamente difícil atraer con su propio nombre, al seno del partido, al proletariado emergente y a las grandes masas populares. Era, pues, preferible que, en su inicio figurase con un nombre que no asustara y, al mismo tiempo, que no mellara su contenido. Tal hecho generó desacuerdos en la Primera Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina, realizada en Buenos Aires, en junio de 1929. Allí la mayor parte de los delegados reconocieron la filiación comunista, marxista-leninista, de nuestro Partido, considerando su Programa, su contenido y su adhesión a la Internacional Comunista. Observaron, sí, que el nombre de Socialista resultaba inconveniente, ya que en el campo internacional se había definido con claridad el significado de la socialdemocracia, cuyos partidos se denominan “socialistas” y que, enfrentándose a ellos, en casi todos los países habían surgido partidos revolucionarios marxistas, con el nombre de Partidos Comunistas. Su desacuerdo era sólo de orden táctico.

Debo dejar constancia que después de la Conferencia de Buenos Aires el Partido siguió vinculado —más estrechamente aún— a la Internacional Comunista y a su Buró Sudamericano. No varió, pues, la condición determinante de su participación en la Conferencia. No es cierto, por tanto, que ella excluyera a Mariátegui de la categoría de Comunista, como afirman estos amigos. Semejante aseveración no podrá ser probada jamás, como tampoco el que en algún momento existiera una “tajante divergencia entre la COMINTERN y Mariátegui”.

En segundo lugar, el Amauta en sus trabajos, en no pocas veces, menciona literalmente a la Dictadura del Proletario.

En tercer lugar, como es sabido, se interesó no sólo por organizar a la clase obrera —fundó la CGTP— sino también a los campesinos. Contribuyó a forjar la Federación de Yanaconas del Perú y a la Federación Indígena Regional Peruana: la primera, agrupando a los arrendatarios de la Costa; y la segunda, a los de la región andina. Ambos muy importantes en su época.

Puso, además bastante atención en ganar al campo revolucionario a la intelectualidad progresiva. Por eso hizo de “Amauta” una revista en la que tuvieron cabida los intelectuales y artistas más avanzados, aunque no fueran comunistas, abrigando la esperanza de que evolucionaran a nuestras posiciones o llegaran a ser valiosos auxiliares en los duros combates por venir con el imperialismo, la oligarquía y el anti-comunismo.

El que José Carlos Mariátegui trabajara de manera tan amplia lleva a estos teóricos a la conclusión de que los postulados mariateguistas corresponden a un partido pluriclasista, y no a un partido del proletariado.

Finalmente, pretenden abonar sus tesis con el argumento de que Mariátegui sólo en contadas ocasiones mencionó la expresión “leninismo”. Y aunque no niegan que alguna vez lo hiciera, sostienen que su escasa mención demuestra que no quería un Partido Comunista “clásico”, marxista-leninista, sino un partido especial, diferente. Lo que lleva a nuestros pseudomariateguistas a reclamar ahora la “refundación” del Partido de Mariátegui.

LA DIFERENCIACION MARIATEGUIANA ENTRE FRENTE UNICO Y PARTIDO PLURICLASISTA



¿Cuál es el contenido real de tales concepciones y en qué consiste el contrabando?

Antes que nada, debemos advertir que, cuando toman frases o se refieren a actitudes de Mariátegui para aplicarlas a la realidad actual, están procediendo con criterio antidialéctico. En la época de Mariátegui habían problemas que no existen hoy, así como no habían problemas que hoy existen. No existían, por ejemplo, varios partidos de izquierda, sino uno solo. Mal podía hablarse, en consecuencia, de la unidad de los partidos de izquierda, idea que ellos atribuyen a Mariátegui.

No decimos que José Carlos fuera contrario a la necesidad del frente único. Fue, más bien, su primero y más brillante sustentador, pero aplicado entonces a la unidad del movimiento sindical obrero, considerado por él, correctamente, como frente único de los trabajadores, con sus diversas tendencias, ya que se trata de la organización de lucha

por reivindicaciones inmediatas que atañen a todos. Y, aunque, en referencia al futuro, concibió que el principio del frente único debería ser aplicado también por el partido de la clase obrera —nuestro Partido—, sostuvo que podría tomar la forma de una alianza antimperialista con los partidos de la pequeña-burguesía, pero sin que perdiera su independencia de clase. Dijo que el F.U. *“no significa la fusión de todas las doctrinas en un doctrina única”*.

Como se recordará, éste fue precisamente el contenido esencial de la histórica polémica entre Mariátegui y los fundadores del Apra, propugnadores de un partido pluriclasista.

Los “seudomariateguistas”, al deformar éste y otros conceptos de Mariátegui, no hacen, pues, otra cosa que ubicar artificialmente el pensamiento del Amauta en concordancia con el pensamiento de ellos, sabiendo que José Carlos no podrá desautorizarlos de viva voz. Cabe subrayar, sin embargo, que esas concepciones ideo-políticas, disfrazadas de “mariateguismo”, vienen exponiéndolas desde hace bastante tiempo. Es así como, reclamándose socialistas, revolucionarios y, en algunos casos, hasta marxistas-leninistas y “comunistas”, desde que se organizaron en partidos, y no obstante sus divisiones y subdivisiones, no atacaron centralmente al imperialismo norteamericano y a la oligarquía entreguista, sino a nuestro Partido, al campo socialista, al socialismo real y al Movimiento Comunista Internacional, y lo hicieron casi con los mismos argumentos que hoy emplean. Lo nuevo, y pasmoso —repetimos— es que continúan, hasta cierto punto, en su vieja actitud, amparándose en posiciones que atribuyen a Mariátegui.

Tras la concepción de “socialismo nacional”, “marxismo peruano”, o “refundación del marxismo”, de un socialismo —que al decir de ellos— no aplique el “modelo soviético”, sino un modelo propio, se disfraza en verdad, la antigua y agnóstica tesis antimariateguista de que el marxismo no es una ciencia, sino solamente un método. Y es que, si nadie puede negar que la ciencia no tiene fronteras, que rige en cualquier parte del mundo porque se fundamenta en leyes objetivas de carácter universal, se tendrá que reconocer también que el marxismo reúne todas estas cualidades y que, por tanto, es antes que nada una concepción científica del mundo, a la que Marx denominó Materialismo Dialéctico, porque significa no una concepción idealista sino dialéctica, aplicable también a la sociedad humana a lo largo de su evolución y en todos sus aspectos.

Recalcando este contenido científico-universal del marxismo, debemos añadir que cuando Marx cuestionó la filosofía idealista y procedió a reemplazarla por la filosofía materialista dialéctica, abordó al mismo tiempo la necesidad de forjar un movimiento del proletariado proyectado hacia la revolución socialista. Todo ello con el criterio de que no basta interpretar al mundo, hay que transformarlo. Fueron concep-

tos concatenados, no separados unos de los otros. Y es que, al aplicar la concepción materialista dialéctica a la interpretación de la historia, —materialismo histórico—, llegó a la conclusión de que en esta época corresponde al proletariado hacer la revolución socialista. Criterio que es sustentado tanto en el análisis científico de las transformaciones revolucionarias en las distintas épocas históricas, como en el análisis dialéctico de las contradicciones características del sistema capitalista.

Se refirió a las diferentes formas que asumen esas revoluciones: algunas más violentas que otras, algunas más rápidas, otras más lentas; sin que ninguna de ellas consistiera, no obstante, sólo en cambios de gobierno. Subrayando que los cambios operados por toda revolución son estructurales, de todo el sistema social, señaló, además, que tales transformaciones requieren, en primer término, el cambio de la propiedad de los medios de producción y de las relaciones establecidas en el proceso productivo. Así, por ejemplo, para reemplazar al capitalismo, —sociedad en la que impera la propiedad privada sobre los medios de producción— postuló el socialismo, que implica socializar esos medios y la distribución de los productos; establecer un equilibrio entre la propiedad de estos medios y la forma de trabajo socializado en que se producen (producción colectiva, división del trabajo en cada fábrica, etc.). Por eso, a partir de la concepción dialéctica de la sociedad y de la formulación de sus leyes de desarrollo, el marxismo deduce el carácter ineluctable de la revolución socialista. Aunque ésta se opere no en forma espontánea o fatal, sino orientada conscientemente a través de la acción política del proletariado y su partido.

LA UNIVERSALIDAD DEL MARXISMO-LENINISMO

De lo anterior se colige el carácter universal del marxismo, ideología o doctrina que responde no sólo a la realidad de Alemania —donde nacieron Marx y Engels—, sino a la de todo el mundo capitalista y que, además, no abarca, únicamente al análisis de la sociedad de cada país por separado. Comprende al universo todo. Por consiguiente, no se trata simplemente de un método para la acción. Se trata de una concepción y un método en los que, por primera vez, se establece un vínculo inseparable entre la filosofía y la ciencia.

Por eso, cuando losseudomariateguistas cuestionan al marxismo como ciencia, no pueden dejar de cuestionar también al leninismo o, mejor dicho, al marxismo-leninismo.

Varios ideólogos del “seudomariateguismo” sostienen expresamente que el leninismo no es válido para nuestro país ni para nuestro tiempo, porque nació en Rusia y en un período histórico un tanto lejano. Olvidan, sin embargo, que el leninismo es, en esencia, la interpretación marxista del capitalismo en su etapa imperialista, y que el imperialismo, es un fenómeno mundial que lo sentimos en primer término los países

dependientes, coloniales y semicoloniales, y sin cuya interpretación sería imposible comprender, entre otros fenómenos, la importancia histórica universal de la primera revolución socialista victoriosa: la Revolución de Octubre, y tampoco el origen de la crisis general del capitalismo y el contenido fundamental de nuestra época y de su principal contradicción. Sin embargo, los seudomariateguistas, lejos de apreciar objetivamente estos fenómenos, acusan a quienes les reconocemos su verdadera importancia, como "moscovitas"; como personas que hemos hipotecado nuestra mentalidad a la Unión Soviética, como que pretendemos trasplantar al Perú el "modelo soviético". Conceptos e imputaciones infundados que formularon en su tiempo contra Mariátegui tanto las autoridades y voceros del leguismo en el poder, como los fundadores del Apra, cada cual a su manera y desde sus propias posiciones.

Como se sabe, la ciencia es el criterio de la verdad. No se puede decir que una concepción tenga validez científica, si en los hechos no se la puede comprobar. Y, justamente, la Revolución de Octubre, por ser la primera revolución socialista victoriosa; y la Unión Soviética, por su solidez y consistencia y por sus asombrosas conquistas sociales, científicas y tecnológicas, prueban ante la faz del planeta la validez y vigencia del marxismo-leninismo. La Revolución de Octubre, que dio nacimiento a la Unión Soviética, inicia una nueva era en la historia de la humanidad. La URSS, a su vez, actuando en conjunto con los otros países socialistas, desarrolla una solidaridad efectiva con todos los pueblos que se liberan de la dominación imperialista y realiza al mismo tiempo una consecuente lucha por la paz y la coexistencia pacífica de todas las naciones, por el desarme universal, por detener y extirpar definitivamente de la tierra el peligro real de una pavorosa guerra nuclear. Al servicio de esas causas, esencialmente humanas, pone todo su inmenso poderío. ¿Cómo no dar importancia capital a esa Gran Revolución y al sistema socialista que surgió y crece con ella?

Empero, la Revolución Socialista de 1917 y la URSS significan no sólo lo antedicho. La Unión Soviética contribuyó también, en forma decisiva, y a costa de la vida de 20 millones de sus hijos, a derrotar al nazifascismo genocida en la II Guerra Mundial, posibilitando así el surgimiento de nuevos países socialistas y el sistema mundial socialista, acompañado por la descomposición del sistema colonial imperialista.

En cuanto a América Latina y a los intereses vitales de sus pueblos, el asombroso desarrollo económico-social, científico-técnico y cultural de la URSS y la comunidad socialista y su incontrastable capacidad defensiva capaz de establecer un equilibrio mundial de fuerzas y de garantizar la paz mundial, les ha permitido, así mismo, prestar un respaldo efectivo a Cuba Socialista frente a la agresión belicista del imperialismo yanqui y frenar en cierta medida las maquinaciones agresoras, de ataque armado directo, del Pentágono, a Granada indepen-

diente y a las fuerzas del Frente Farabundo Martí y el FDR del pueblo salvadoreño en su avance, hasta ahora victorioso, a la conquista del poder. Todo lo cual ocurre de tal forma que, sin que intervengan directamente la URSS y otros países socialistas en la lucha de los pueblos latinoamericanos, su sola presencia solidaria constituye un 'inapreciable respaldo a nuestras luchas. Esta es una realidad objetiva que ningún revolucionario consecuente puede o debe desconocer. Esa realidad constituye, además, uno de los más importantes rasgos característicos de la época de transición entre el Capitalismo y el Socialismo que estamos viviendo. Epoca en la que opera como fuerza dinamizadora fundamental la contradicción entre los dos sistemas mundiales y en la que la humanidad ve amenazada su propia existencia por la agresividad desesperada del imperialismo, empeñado en montar condiciones para el desencadenamiento de una guerra nuclear, en tanto el sistema socialista se levanta como la única barrera y la única fuerza disuasora capaz de conjurar semejante amenaza.

¿QUE SIGNIFICA EL SOCIALISMO?

Negar estos hechos apareja, como hemos dicho, asumir una posición inconsecuente con la revolución. Quien piensa y lucha por ella, debe pensar también en cómo defenderla y en qué forma hacerla pervivir.

Las reaccionarias clases dominantes, cuando son derrotadas, cuentan de hecho con el apoyo del imperialismo y, en todas partes donde se produce una revolución, éste interviene sin escrúpulos atizando la contrarrevolución y, en algunos casos, agrediendo directamente al país revolucionario.

¿Por qué, entonces, las clases revolucionarias no deben prevenirse contra ese peligro? ¿Por qué no han de procurar el apoyo de una potencia revolucionaria que esté en condiciones de hacer frente al imperialismo en todos los terrenos, sin lesionar la soberanía nacional?

Los "sabios"seudomariateguistas niegan esta premisa, haciendo abstracción de la realidad o deformándola. Dicen que la Revolución de Octubre no tiene nada que ver con el proceso revolucionario del resto del mundo; que si la Unión Soviética, siendo una gran potencia, se enfrenta al imperialismo es porque también quiere conquistar, sojuzgar y explotar a otros países. Pero, semejante aseveración —esgrimida igualmente por los voceros de la reacción y por quienes califican a la URSS de "social imperialista"—, no resiste la más mínima confrontación con los hechos ya que no se podrá encontrar ningún país del planeta donde la URSS haya invertido capitales para extraer plusvalía y haya explotado o explote a los trabajadores de ese país.

Al contrario, todos los pueblos protagonistas de una revolución auténtica reciben —o pueden recibir, si lo solicitan— ayuda solidaria y generosa de la Unión Soviética, en la mayoría de los casos sin retribución alguna.

Porque siendo la URSS y otros países del campo socialista defensores consecuentes de la no intervención y de la autodeterminación los pueblos, son, por lo mismo, adversarios de la dominación imperialista y practicantes de la solidaridad internacional activa, del internacionalismo proletario. Lo cual puede decirse, igualmente, de Cuba socialista y de cualquiera de los miembros de la comunidad socialista respecto a su actitud frente a las revoluciones angoleña, etíope, nicaragüenses y otras.

Al reflexionar en esta forma, creemos pertinente recordar a los amigos pseudomariateguistas que así reflexionó Mariátegui, que esa fue su posición indeclinable y que, debido a ella, los representantes de la reacción y del entreguismo en el gobierno leguista y los primeros portavoces del aprismo, le calificaron de “agente de Moscú”, de “moscovita”, de “extranjerizante”, de “transplantador de fórmulas foráneas”, de estar hipotecado a intereses “extracontinentales”, de no tener ideas propias, etc.

Recuerdo al respecto —y esto puedo decirlo por propia experiencia— que cuando comencé a militar en Lima, a los 19 años de edad, las calles de la capital lucían (o mejor dicho deslucían) enormes cartelones con figuras monstruosas, al pie de las cuales se leía en grandes caracteres: “¡El comunismo es traición a la patria!”, “¡El comunismo es crimen!”, “¡El comunismo es prostitución!”, “¡El comunismo es robo!”, “¡El comunismo es destrucción de la familia y de la religión!”, etc.

Recuerdo igualmente que, por poseer y difundir la ideología marxista-leninista y volcarla en interpretación histórica y en acción de masas, José Carlos fue dos veces apresado y acusado de fraguar “complots comunistas” dirigidos y financiados por la Unión Soviética, (entonces el único país socialista ferozmente hostilizado por las potencias imperialistas). Pero recuerdo también que en ese ambiente, los ideólogos del aprismo acuñaron por primera vez la famosa tesis de las dos potencias iguales, de “los dos imperialismos”, refiriéndose a la pugna clasista, que comenzaba a tomar fuerza, entre los EEUU y la Unión Soviética. ¡Y todo ello, esgrimiendo siempre la burda especie de la “ideología extranjera” o foránea, de la supuesta sumisión de nuestro Partido a la Unión Soviética, de la “inexistencia del socialismo real”!

Los alcances de semejante modo de pensar no se limitan, sin embargo, a hacer un enfoque totalmente errado de la situación internacional. Inducen, además, a un segundo error ideo-político, igualmente grave: si la Unión Soviética no es una potencia socialista sino una potencia imperialista, tampoco es posible la existencia de ningún país so-

cialista, ni es cierto que la Revolución de Octubre de 1917 cambió el carácter clasista del Estado, que sustituyó en el poder político y económico a la clase capitalista y a sus aliados terratenientes por la clase obrera en alianza con el campesinado; que se produjo nada más que el cambio en el poder, de una clase explotadora por otra clase explotadora. Lógica que lleva a estos amigos a sostener que el zarismo y la gran burguesía rusa fueron reemplazados por una "nueva clase explotadora", representada por el PCUS. Aseveración cuya patente de invención también pertenece a los líderes apristas primigenios, que sus actuales sostenedores la hacen extensiva a lo que ellos creen que es la realidad de todos los países socialistas, y que nuestros pseudomariateguistas han tomado ahora para sí.

¿Pero, qué entienden estos amigos por Socialismo y por Capitalismo?

La ciencia social -- llamémosla marxismo o no-- enseña que socialismo significa esencialmente propiedad social de los medios de producción, democracia social y un poder político que garantice la realización de estas premisas. Enseña que capitalismo significa, por el contrario, propiedad privada de los principales medios de producción y poder político al servicio de ese tipo de propiedad. No habrá, pues, capitalismo o clase explotadora donde la propiedad de los medios de producción estén socializados, donde impere una democracia social y donde el poder político esté en manos de los trabajadores y se ejerza a través de su partido. Como tampoco habrá socialismo donde subsista el predominio de la propiedad privada y donde el poder político --o el Estado-- no esté en condiciones de defender, fortalecer, profundizar y ampliar las conquistas sociales en lo económico y en lo político.

En la URSS y en los países socialistas, no obstante el diferente nivel de su desarrollo, ha desaparecido casi totalmente la propiedad privada sobre los medios de producción. En todos estos países, la democracia social se manifiesta y fortalece cada día, no sólo en cuanto al reconocimiento constitucional de los derechos democráticos reconocidos en sus Constituciones socialistas y la elección demócrata (universal y secreta) de todas las instancias del poder político, sino también por el ejercicio permanente y libre de la crítica y autocrítica públicas y por la práctica obligatoria de rendición de cuentas a los electores. Y se expresa, sobre todo, en lo que es la democracia social o democracia económico-social. En todos esos países ha dejado de existir para siempre la desocupación o semi-desocupación. En todos rige a plenitud el derecho al trabajo, equitativamente remunerado. En todos ellos los productos alimenticios, la vivienda, los útiles escolares, las medicinas, los transportes, las vacaciones anuales generales, los espectáculos o actividades culturales, están al alcance de todos los habitantes. En todos los países socialistas la educación en sus distintos niveles, la atención médica y los

otros servicios públicos son gratuitos o casi gratuitos. En todos estos países el Estado vela por la vigencia de estas conquistas y se esfuerza porque a través de ellas, se realice una constante elevación y mejoramiento de las condiciones materiales y culturales de la población, sin ninguna forma de discriminación económica, nacional, racial, religiosa o sexual.

¿Cómo negar entonces que allí hay socialismo? ¿Cómo negar las abismales y crecientes diferencias existentes en ese orden de cosas entre el mundo capitalista y el mundo socialista?.

LENIN Y MARIATEGUI: LO NACIONAL Y LO INTERNACIONAL

Como se sabe, las apreciaciones subjetivas generan y ahondan los prejuicios y los errores. De ahí que las infundadas aseveraciones de los mencionados amigos, les haya llevado a realizar deformaciones aún más flagrantes del pensamiento de Mariátegui. Tenemos como ejemplo que, al referirse al carácter del leninismo —o marxismo-leninismo— como una “teoría exótica”, válida supuestamente para Rusia de aquellos años y “exportada” por la URSS a otros países, dan a entender que JCM compartió semejante idea.

Apelando a las formulaciones propias de Lenin y Mariátegui, veamos en primer término si el marxismo-leninismo menosprecia las peculiaridades nacionales en la elaboración de la estrategia y táctica revolucionarias. Veamos si es cierto o no que la teoría marxista-leninista es aplicable sólo a los países de Marx y de Lenin y a la época en que ellos vivieron.

Leamos a *Lenin*:

“La teoría marxista exige, de un modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, se le encuadre dentro de un marco histórico determinado. Y, después, si se trata de un sólo país, (por ejemplo, del Programa Nacional para un país determinado), que se tenga en cuenta las particularidades que distinguen a ese país de los demás dentro del marco histórico de la época”.

Leamos, luego, a *Mariátegui*:

“El socialismo en Indoamérica no ha de ser calco ni copia, sino creación heroica”. . . “Tenemos que dar vida con nuestra propia realidad, con nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano”. Pero, a renglón seguido, expresó:

“La evidencia de la realidad nacional no contraría, no confronta,

la evidencia de la realidad internacional. La incapacidad para comprender y admitir esta segunda y superior realidad, es una simple miopía, es una limitación orgánica". . .

"La revolución latinoamericana será nada más ni nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial, será simple y puramente la revolución socialista".

No es posible negar, entonces, la autenticidad internacionalista del Amauta como complemento inseparable de su concepción marxista-leninista, de lo que él denominó correctamente: "*nacionalismo revolucionario*". Condición que le reconoce expresamente el Historiador Jorge Basadre cuando afirma que los "7 Ensayos" constituyen el verdadero descubrimiento del Perú. Condición que los militantes del Partido de Mariátegui jamás hemos olvidado, puesto que tanto el Programa del Partido como su praxis se elaboraron y desarrollaron partiendo siempre de nuestra realidad nacional.

MARIATEGUI Y LA REVOLUCION RUSA

Resulta, en consecuencia, absurdo —si no deshonesto— colocar en el pensamiento de J.C.M. algún elemento de antisovietismo o algún síntoma de la miopía política que él criticara. Son más bien abundantes las pruebas de la extraordinaria importancia histórica que reconociera a la Revolución de Octubre. En su obra "*Defensa del Marxismo*" se encuentran, por ejemplo, los siguientes conceptos:

"La Revolución Rusa constituye, acéptenlo o no los reformistas, el acontecimiento dominante del socialismo contemporáneo. Es en este acontecimiento donde hay que buscar la nueva etapa marxista". Y, luego:

"Para el proletariado —cualquiera que sean sus divergencias— la Revolución Rusa es siempre el principio de la revolución social. Para el proletariado, Rusia es la primera República del experimento socialista". . . "En la Revolución Rusa la mirada sagaz de Ingenieros vio, desde el primer momento, el principio de una transformación mundial". . . "La Revolución Rusa es la expresión culminante del marxismo teórico y práctico".

Pero eso no es todo. Al valorar así el acontecimiento que vendría a ser "el principio de una transformación mundial", reconoció, con asombrosa perspicacia, el carácter de nuestra época y su contradicción histórica fundamental. De ahí que en el célebre editorial de "Amauta" titulado "Aniversario y Balance" (17-IX-28), dice: "*Capitalismo o Socialismo. Este es el problema de nuestra época*". Y en otros artículos reitera y grafica el concepto diciendo: "*Capitalismo y Comunismo,*

ambos universalistas, aunque muy diversa y opuestamente". . . *"Rusia y Estados Unidos: Los dos pueblos que más se oponen doctrinal y políticamente"*. . . *"Los dos polos de la historia contemporánea son Rusia y Norteamérica"*.

LA AUTODEFINICION COMUNISTA DEL AMAUTA

Finalmente, ¿qué dice José Carlos de sí mismo? No creo haga falta referirse a su ideología marxista, covicta y confesamente precisada por él en episodios y documentos testimoniales de su vida y obra, suficientemente conocidos. Queremos referirnos más bien a la infundada y absurda tesis de los amigos pseudomariáteguistas que niegan su filiación comunista, sosteniendo que estuvo en desacuerdo con la COMINTERN (primera expresión del movimiento Comunista Internacional) y que, inclusive entró en pugna con la I.C. No nos ocuparíamos de este tema puesto que lo hemos tocado repetidas veces en conferencias y escritos, al refutar a escritores e "ideólogos" apristas empeñados en demostrar, con la misma aseveración, que Mariátegui fue precursor y cuasi fundador del Apra. Pero no podemos dejar por más tiempo que se insista ahora en semejante especulación, como si nunca se hubiese demostrado su invalidez, y se apele, además, a nuevos argumentos para demostrarla. Los mencionados amigos dan a entender, por ejemplo, que el primitivo nombre del Partido (Partido Socialista del Perú) estaría demostrando ese supuesto conflicto con la I.C. y la automarginación de José Carlos del conflicto entre los dos sistemas; dan a entender que, por lo menos, no se identificó con el "comunismo clásico", con lo que ellos llaman el "modelo soviético".

Hagamos nuevamente que el propio Mariátegui desmienta y refute tan peregrina suposición, citando en primer término lo que dijera en 1923 a su regreso de Europa y al presentarse a los trabajadores peruanos en la primera Conferencia que dictara en las Universidades Populares González Prada; bajo el título: *"La crisis mundial y el proletariado peruano"*. Nuestro Amauta dice: *"Las fuerzas proletarias europeas se hallan divididas en dos grandes bandos: reformistas y revolucionarios. Hay una Internacional obrera reformista, colaboracionista, evolucionista, y otra Internacional obrera maximalista, anticolaboracionista, revolucionaria"*. *"Una parte del socialismo se ha afirmado en su orientación socialdemocrática, colaboracionista; la otra ha seguido una orientación anticolaboracionista, revolucionaria. Y esta parte es la que, para diferenciarse de la primera, ha adoptado el nombre de comunismo"*. . . *"Yo participo de la opinión de los que creen que la humanidad vive un período revolucionario. Y estoy convencido del próximo fracaso de todas las tesis socialdemócratas, de todas las tesis evolucionistas"*.

Téngase en cuenta que esto lo dijo José Carlos en su primera Con-

ferencia en las UU.PP.GG.PP., el 15 de junio de 1923. Era su reencuentro con la clase obrera peruana y equivalía a una carta de presentación del nuevo Mariátegui, de aquél que había madurado sus ideas socialistas dándoles un contenido científico. Colocado ante el dilema histórico que él mismo explicaba; el dilema entre reformismo y revolución, entre socialdemócratas y comunistas, él se autodefinió en forma tajante: *comunista*. Y comunista identificado no con la “*Internacional Obrera reformista, evolucionista, colaboracionista*”, sino con la “*Internacional obrera maximalista, anticolaboracionista, revolucionaria*”. Desde entonces, hasta el día de su muerte, nunca que se sepa, rectificó esta identificación ni se alejó de esa línea de conducta.

MARX, MARIATEGUI Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Examinemos ahora la segunda tesis o segunda falsa premisa de nuestros amigos aludidos: la del “socialismo democrático”, en oposición a la dictadura del proletariado. Sustentando esta “tesis”, ellos formulan de maneras, tácitas o expresas, tres conceptos errados: a) Que la dictadura del proletariado no es una categoría marxista; b) Que es una invención de Lenin, aplicable sólo a las circunstancias concretas de la Revolución Rusa; c) Que Mariátegui, como marxista, no avaló esa “invención”.

En cuanto al primer infundio, hagamos que el propio Marx lo refute. Repasando sus obras esencialmente ideopolíticas, encontraremos, en efecto, que ese concepto fue formulado textualmente por primera vez en “*La lucha de las clases sociales en Francia*”, que lo fundamenta y desarrolla explícitamente en el “*Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*”, luego de haber asimilado las experiencias de las revoluciones de 1848 y 1849, y que la considera como una de las tesis fundamentales de su doctrina en la histórica carta que dirige a Weidemeyer el 5 de Marzo de 1852.

En ella dice.

“por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían ya descrito el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía de éstos. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido la demostración de: 1) que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura no es de por sí mas que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases”.

La antigüedad de esta tesis es, pues, mucho más grande que la de la Revolución Rusa de Octubre, pero su base principista y su universalidad también. En 1871, vivo aún Marx, fue confirmada plenamente su justeza a la luz de las experiencias de la Comuna de París, como lo fueran también varias décadas más tarde con la experiencia negativa de la Revolución Rusa de 1905 y la experiencia positiva de la Revolución Socialista de 1917. Experiencias a las que han seguido otras nuevas y muy valiosas confirmatorias en la mayor parte de revoluciones del mismo tipo, realizadas en Europa y Asia en los primeros años de la segunda postguerra; y, en nuestros días, en América Latina, con la Revolución Cubana.

Y es que la dictadura del proletariado, —concebida en sus diversas formas, derivadas de las condiciones específicas del país y del momento de cada revolución— no es un producto ideológico abstracto, surgido en el cerebro de alguna persona, al margen de los acontecimientos. Es una necesidad histórica determinada por la resistencia activa que oponen las clases explotadoras, desplazadas del poder económico y político por la revolución triunfante. Resistencia interna, traducida en actos de sabotaje, en propaganda contrarrevolucionaria y en conspiraciones cada vez más peligrosas, alentadas y motivadas casi siempre por las presiones internacionalistas del imperialismo que van desde el apoyo efectivo a los contrarrevolucionarios del país dado, hasta la intervención armada imperialista, directa o indirecta, como se demuestra hoy mismo en lo que está sucediendo en Nicaragua y Centro América.

Sostener, pues, que es innecesaria la dictadura del proletariado, que es una deformación del marxismo, o que significa lo contrario a la democracia socialista y no una forma inicial o transitoria, es no sólo hacer abstracción de la experiencia histórica y de la actual realidad internacional y latinoamericana, sino creer intonsamente que las clases explotadoras y el imperialismo, expropiados y desembarcados del poder, no opondrán resistencia y que tampoco habrá peligro de intervención contrarrevolucionaria extranjera ni de agresión armada. En nuestro caso, es creer, incluso, en la posibilidad de llegar al poder “democráticamente” por vía electoral, situación que luego será respetada por los enemigos de clase, en nombre del sagrado respeto a la Constitución y a la Democracia burguesa. Es no tener en cuenta que las clases explotadoras —derrotadas electoralmente— no guardan el menor respeto por las formas democrático-burguesas, cuando éstas afectan a sus intereses de clase. Aquí mismo hoy, no obstante existir un régimen formalmente democrático-representativo y constitucional, este mismo régimen recurre al Estado de Emergencia y a la suspensión de garantías, para imponer por la fuerza su política económica.

Hemos tenido ya, en épocas pasadas, antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando los Frentes Populares triunfaron en Francia, España,

Chile, etc., a través de elecciones. ¿Qué pasó? La contrarrevolución inmediatamente montó la “desestabilización” de los nuevos regímenes y, con el apoyo del imperialismo internacional, provocó cambios —pacíficos o violentos— de los gobiernos de aquellos países.

Pensar que deben respetarse las formas democráticas aún burguesas a costa del destino de la revolución, poniéndola en peligro: eso es no tener línea revolucionaria, realista, ni saberla defender. Porque los revolucionarios no podemos conformarnos con llegar al poder, debemos proseguir nuestra ardua marcha creadora hasta que se construyan el socialismo y el comunismo. Debido a la resistencia violenta que generalmente emplean las clases reaccionarias que no se resignan a perder el poder, eso demanda actitudes más enérgicas y coactivas por parte de los revolucionarios. Tal es el origen de la Dictadura del Proletariado. Su contenido surge, inevitablemente, como una consecuencia de la lucha de clases, que nosotros tampoco hemos inventado ni importado.

Veamos las experiencias de las revoluciones triunfantes. En muy contadas ocasiones, las revoluciones marxistas leninistas han conquistado la victoria por la vía pacífica (Mongolia o Checoslovaquia). En todos los demás países se ganó la revolución por la fuerza, por la vía no pacífica, aunque, en verdad, contando con la mayoría de los trabajadores y el apoyo del pueblo, pero, también enfrentando a la tremenda resistencia de la reacción. En la Revolución Rusa, en la Revolución China y en las revoluciones de la mayoría de los países de Democracia Popular, hubo que tomar las armas para alcanzar el triunfo y para defenderlo. La dinámica de los acontecimientos y las leyes del desarrollo social nos llevan a esa conclusión. A tal etapa de transición histórica se llama Dictadura del Proletariado, y no a otra cosa.

Esta Dictadura, naturalmente, tiene sus características propias: no es la Dictadura de la minoría explotadora, es de la mayoría explotada; por cuanto el proletariado, en alianza con los campesinos pobres, vale decir, las mayorías populares, promueven, impulsan y sostienen el proceso revolucionario.

A los obreros y al campesinado les resulta imprescindible prevenirse contra las fuerzas reaccionarias de las clases que han sido desalojadas del poder, que no se resignan a dejar su papel en la historia y que se aferran —con uñas y dientes— al régimen que mantuvo sus privilegios clasistas.

NO HAY UN MODELO UNICO DE REVOLUCION SOCIALISTA

De esta premisa se desprende otra no menos importante. La que reconoce distintas formas de dictadura del proletariado, e incluso, diversos rasgos de la revolución socialista, en correspondencia con las pecu-

liaridades nacionales de cada país y con el momento histórico en que la Revolución se produce. Dentro de esos parámetros, debe tenerse en cuenta, antes que nada, la correlación política de las fuerzas de clase: cuál es la fuerza y la posición del proletariado, del campesinado, de las grandes masas populares y de los partidos políticos que las representan.

Y aquí viene el problema de la composición del poder político y del gobierno que surge en cada revolución; el problema de si la dictadura del proletariado — como órgano de poder de la mayoría del pueblo trabajador — se expresa en un gobierno unipartidario o pluripartidario. Problema que se resuelve tomando en cuenta la actitud de las diversas clases y capas sociales y de los partidos que las encarnan frente al programa de transformación revolucionario y su ejecución.

Esto quiere decir que si, hipotéticamente, la revolución socialista en un país contara sólo con la acción de la clase obrera y su partido, teniendo en contra a las demás clases y capas sociales, la dictadura del proletariado tendría que ser unipartidaria, caso que no se ha dado todavía y que creemos no se dará, puesto que las ideas socialistas van ganando día a día a sectores cada vez más vastos de la sociedad capitalista.

Del mismo modo, si el triunfo de la revolución se debe casi exclusivamente a la acción unida del proletariado y del campesinado, con hegemonía del primero, el nuevo Estado y el gobierno serán de los obreros y campesinos, encabezados por los partidos que los representan o por el partido del proletariado que dirige esa revolución. En estos casos la dictadura se ejercerá contra las fuerzas reaccionarias pertenecientes a las otras clases y capas sociales. Si, de manera distinta, el programa de la revolución socialista es adoptado y apoyado activa y combatiivamente por capas sociales más amplias y sus correspondientes partidos, la dictadura del proletariado se ejercerá por un gobierno multipartidario y puede ser, incluso, menos compulsiva.

De todo lo cual se desprende, como lógica consecuencia, la diversidad de formas de la dictadura del proletariado y de la composición social de sus órganos de poder. Diversidad que se hace extensiva también a las formas que emplea, más enérgicas y drásticas, cuando la resistencia y la actividad de las fuerzas reaccionarias y contrarrevolucionarias y sus partidos sean más intensas y peligrosas. A propósito de lo cual es preciso tener en cuenta que la actividad contrarrevolucionaria interna, generalmente es alentada, instigada y financiada por los enemigos externos o internacionales de la revolución socialista: las potencias imperialistas y sus aliados.

De este modo, tenemos a la vista diferentes experiencias históricas internacionales, inclusive en casos de revoluciones de la misma composición clasista. Por ejemplo, la Revolución Rusa en 1917 y la Revolución Búlgara de 1945 tuvieron un carácter obrero y campesino y la dicta-

dura del proletariado asumió desde el primer momento ese contenido; pero en la Revolución Rusa la presencia de un sector del campesinado a través de los "eseristas" fue fugaz, porque los dirigentes de ese movimiento traicionaron muy pronto. En la Revolución Búlgara, en cambio, se mantiene hasta hoy la coalición gubernamental entre el Partido Comunista Búlgaro y la Unión Agraria.

De otra parte, las circunstancias históricas de cada momento, inciden también en esta diversidad.

Como se sabe, la Revolución Rusa, por ser el primer experimento de Revolución Socialista, suscitó una resistencia feroz de los enemigos de clase dentro y fuera del país soviético, traducida en frecuentes conatos contrarrevolucionarios y la formación de bandas armadas de rusos blancos, constituídas por remanentes del antiguo ejército zarista y delincuentes comunes, contando con la simultánea intervención armada de todas las potencias imperialistas participantes de la Primera Guerra Mundial. Las circunstancias exigieron entonces un máximo de energía del poder soviético contra esos enemigos y la dictadura del proletariado hubo de ejercerse con un máximo de intensidad. Luego, vino un largo período de construcción socialista, en el cual la URSS continuó sola y cercada, a nivel de gobiernos, por un mundo capitalista hostil. Período que culminó con la agresión nazi, directa y feroz, en la Segunda Guerra Mundial. A lo cual se agrega el que, hoy mismo, siendo la URSS el país socialista más avanzado, poderoso e influyente, se concentran contra él las fuerzas de la contrarrevolución mundial, encabezadas por el imperialismo yanqui, y que desarrollan toda clase de maniobras desestabilizadoras acompañadas de planes belicistas concretos de dimensión y magnitud inigualados. ¿Cómo no estar vigilantes frente a estos peligros? ¿Cómo renunciar a las formas de seguridad más adecuadas en defensa no sólo de la Revolución Socialista Soviética, sino también de todo el sistema socialista y de la propia supervivencia del género humano?

Y esa reflexión es aplicable a los otros países de la Comunidad Socialista respecto a la importancia de cada uno de ellos en la defensa conjunta del sistema. Consideración que explica y da una justificación más que suficiente de lo ocurrido en Polonia.

Sin embargo, aun tratándose de los países de la Comunidad Socialista, unidos en el CAME y en el Pacto de Varsovia, no es correcto afirmar que siguen un mismo modelo : "el modelo soviético".

Tenemos los siguientes ejemplos: en la misma *Polonia* participan en el gobierno junto al Partido Obrero Unificado Polaco (comunista), el Partido Campesino Unificado y el Democrático. En la *República Democrática Alemana*, junto al Partido Socialista Unificado (comunista),

el Partido Democrático Campesino, el Democrático Liberal y la Unión Democrática Cristiana. En *Bulgaria*, junto al Partido Comunista Búlgaro, la Unión Agraria. En *Checoslovaquia*, junto al Partido Comunista Checoslovaco, el Partido de Renacimiento Eslovaco y el Partido Eslovaco de la Libertad.

Sobre el particular ha escrito Gueorgui Shajnarov, Doctor en Ciencias Jurídicas y Presidente de la Asociación de Ciencias Políticas de la URSS, estos conceptos:

“El sistema pluripartidista ha resistido la prueba del tiempo en los países que abrazaron la vía de desarrollo socialista en la postguerra; es expresión política de la alianza y cooperación de los diferentes sectores del pueblo trabajador, bajo la dirección de la clase obrera. El papel rector que los Partidos Comunistas y Obreros desempeñan en el frente nacional (popular) ha asegurado la feliz transformación de las relaciones sociales y el fomento de la economía y la cultura en los países socialistas”.

Finalmente, las formas de dictadura del proletariado, luego del triunfo de la revolución, dependerán, en lo sucesivo, del nivel que hayan alcanzado las transformaciones estructurales en el proceso de construcción socialista. Puesto que el socialismo significa, en esencia, terminar para siempre con la explotación del hombre por el hombre y elevar constantemente el bienestar material y cultural de todas las personas a través de la socialización de los medios de producción y el perfeccionamiento ininterrumpido de los mismos, basado en el desarrollo científico y tecnológico, eso quiere decir que se marcha hacia la eliminación de las desigualdades sociales, a la eliminación de las diferencias de clase y de la lucha de clases. Cuando este proceso se encuentra totalmente maduro, se pasa al Estado de todo el pueblo. Etapa que ya ha comenzado a transitar la Unión Soviética y que viene a ser la antesala del período de *construcción desplegada de la sociedad comunista*; es decir que una sociedad en la que, además de no existir la explotación del trabajo ajeno, habrán desaparecido las diferencias económicas y culturales entre quienes viven y trabajan en la ciudad y quienes viven y trabajan en el campo; en la que, gracias a la capacitación científica y técnica socialmente indiscriminada, habrán desaparecido igualmente las diferencias entre el trabajo manual y el intelectual. Si en la primera fase del socialismo, rige el principio marxista que prescribe: *“de cada cual según su capacidad, a cada quien según su trabajo”*, en esta segunda fase regirá el principio, también marxista *“de cada cual según su capacidad, a cada quien según sus necesidades”*. En suma, se habrá pasado *“del reino de la necesidad al reino de la libertad”*, al decir de Marx.

A pesar de que todo lo antedicho recoge fielmente el pensamiento marxista sobre los temas tratados, nuestros amigos pseudomariateguís-

tas, insinúan que esos conceptos no fueron compartidos por José Carlos Mariátegui.

Es verdad que Mariátegui muy pocas veces hizo alusión en forma literal al concepto de Dictadura del Proletariado. Pero ¿por qué causa? Sencillemente, porque en aquellos años ese tema no estuvo en debate. A nadie se le hubiera ocurrido objetar la forma de gobierno del país de los Sóviets. Quienes estábamos con la Revolución de Octubre, aceptábamos las derivaciones dimanadas de ella y, por supuesto, convalidábamos su forma de ejercer el poder para hacer frente a la intensa actividad conspirativa e intervencionista de la contrarrevolución interna e internacional.

No había pues, lugar a especulaciones sobre el tema. Los intelectuales y profesionales, aunque fueran jóvenes, estaban en su mayoría en posiciones anticomunistas. En cambio, ahora, la correlación de fuerzas ha cambiado, las ideas del socialismo se han extendido en todo el mundo y el marxismo-leninismo, por doquier, desborda el ámbito proletario y penetra en los sectores de la pequeña burguesía, principiando por su intelectualidad. Y, si eso es positivo como fenómeno indicador de avance cultural y político, no significa un automático abandono de los prejuicios liberaloides propios del individualismo pequeño burgués que caracteriza a esos sectores.

En tiempos de Mariátegui —repito— la polémica en el campo político popular no giraba en torno a la necesidad o no de la dictadura del proletariado. Se ubicaba, más bien, en torno a otro de los temas que hoy suscita singular interés en los amigos pseudomariateguistas: el de si era conveniente formar un partido propio del proletariado peruano, o si la clase obrera peruana se hacía representar dentro del partido pluriclasista preconizado por los fundadores del aprismo.

Dejando para el siguiente capítulo ese último tema, volvamos al de la posición de Mariátegui sobre la dictadura del proletariado. Afirmábamos, al respecto que, al saludar alborozado la Revolución de Octubre como la primera revolución proletaria victoriosa, y al identificarse con el “socialismo revolucionario” encarnado por el partido bolchevique, J.C.M. hizo suya la tesis marxista de la dictadura del proletariado, en la etapa transitoria de construcción de la nueva sociedad.

Tenemos, así, que en su Conferencia sobre “*La crisis mundial y el proletariado peruano*”, expresa:

“*La defensa de la Revolución, forzó al Partido Bolchevique a aceptar una disciplina militar, Lenin y su estado mayor fueron investidos de plenos poderes. No era posible defender de otro modo la obra de la Revolución contra los asaltos y acechanzas de sus adversarios*”.

Y, agrega:

“La Dictadura del Proletariado, por ende, no es la dictadura de un partido, sino de una clase, de la clase proletaria, de la clase trabajadora”.

Para salir, en seguida, al combate de las posiciones socialdemócratas opuestas a la dictadura del proletariado en nombre de la democracia, expresando:

“Los gobiernos europeos necesitaban preservar a las clases trabajadoras del contacto ruso y alimentaban en ellas la ideología socialdemócrata. Este resultado fue conseguido, las mayorías socialdemócratas rehusaron adherirse a los principios de la Revolución, a la Dictadura del Proletariado, a la organización de los Consejos Obreros”.

Luego, desarrolla este mismo concepto, pero en forma aún más condenatoria, en un artículo publicado en la revista “Claridad”, el 10. de Mayo de 1923 y titulado “El Ocaso de la Civilización Europea”. Allí dice lo siguiente:

“El socialismo ético, seudocristiano y humanitario, que trata anacrónicamente de oponerse al socialismo marxista, puede ser un ejercicio más o menos lírico e inocuo de una burguesía fatigada y decadente, mas no, la teoría de una clase que ha alcanzado su mayoría de edad, superando los más altos objetivos de la clase capitalista. El marxismo es totalmente extraño y contrario a estas mediocres especulaciones altruistas y filantrópicas. Los marxistas no creemos que la empresa de crear un orden social superior al orden capitalista, incumbe a una amorfa masa de parias o de oprimidos guiados por evangelistas predicadores del bien. La energía revolucionaria del socialismo no se alimenta de compasión o de envidia” (en la obra “Defensa del Marxismo”)

¿PARTIDO DE CLASE O “PARTIDO DE MASAS”? MARIATEGUI Y HAYA DE LA TORRE

Pasemos ahora a la tercera tesis, o tercer tema fundamental, desarrollado por los amigos “mariateguistas” en contraposición a nuestro concepto de partido revolucionario del proletariado.

Encontramos en esa tesis otra posición antimarxista que se pretende pasar de contrabando con el rótulo de “mariateguismo”:

El contrabando consiste en la idea de que la revolución socialista pueden dirigirla y ejecutarla de igual manera diversas clases sociales o todas ellas unidas: el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía rural y urbana, dejando entrever —sin decirlo— que el papel dirigen-

te correspondería, en ese caso, no a la clase más importante en la sociedad capitalista, sino al sector que, en concepto de estos "ideólogos", es el más esclarecido, vale decir, la pequeña burguesía intelectual, sector al que no por casualidad pertenecen en su mayoría los mencionados amigos pseudomariateguistas. En concreto, niegan el papel hegemónico del proletariado en la revolución, menospreciando, por consiguiente, la posibilidad concreta de alcanzar los objetivos revolucionarios centrales: el socialismo y el comunismo.

Porque: ¿cuál es la clase vitalmente interesada en construir una sociedad socialista? ¿Entre las clases y capas sociales explotadas y oprimidas, cuál es la fuerza motriz más importante, tanto en la lucha contra el imperialismo y el sistema capitalista, como en el período de construcción de una nueva sociedad sin explotadores ni explotados?

Esa fuerza social es, indudablemente, la clase obrera, puesto que sin ella el sistema capitalista no tendría base económica de sustentación ni sería posible, después, construir el sistema socialista; porque, además, es la única clase que no tiene ningún vínculo que la ate a la propiedad privada de los medios de producción; la única clase que se sustenta exclusivamente en la venta asalariada de su fuerza de trabajo; la clase a la que los capitalistas extraen plusvalías dejando de pagar todo lo que significa el desgaste de dicha fuerza de trabajo; la clase que no puede alcanzar plenamente su liberación sino mediante el socialismo.

Es verdad que, en la etapa imperialista del capitalismo, son muy vastos los sectores sociales explotados y oprimidos por el sistema. El proceso de monopolización y transnacionalización imperialista afecta cada vez más duramente a los pequeños y medianos productores: artesanos, campesinos y comerciantes pobres, profesionales independientes, y otras capas de la pequeña burguesía urbana, minera y rural, incluyendo a la intelectualidad y al estudiantado universitario, cuyas expectativas profesionales se hacen cada día más inciertas. Pero las condiciones de trabajo y de vida de estos sectores sociales desarrollan en ellos hábitos y criterios individualistas y esperanzas —aunque sean remotas— de ascender y mejorar en el contexto de la sociedad capitalista. A esos hábitos y condicionamientos mentales debe atribuirse su concepción de la democracia como un valor abstracto e inamovible, como una idea-tabú, por encima de los intereses de clase.

No pretendemos desconocer con esto la positiva evolución ideológica de vastas capas, cada vez más numerosas de la pequeña burguesía urbana y rural, que se orientan hoy al socialismo. Tampoco menospreciamos la importancia sustantiva de su aporte a la lucha por la liberación nacional y social; importancia que dimana, tanto del peso que esas capas sociales tienen en la estructura y en la economía de la sociedad peruana, como de la influencia que sus sectores más esclarecidos

ejercen en el desarrollo científico-técnico y cultural.

Históricamente vienen a ser aliados naturales e imprescindibles del proletariado y el campesinado en las dos etapas de nuestra revolución. Mas, como sus intereses y aspiraciones liberadoras no se oponen a los intereses y anhelos del proletariado ni son contrariados sino más bien satisfechos por el socialismo, su participación en la lucha revolucionaria no requiere que los partidos identificados con ellas ocupen papel hegemónico y conductor en esa lucha; exigencia que sí es imprescindible tratándose del partido de la clase obrera.

¿Qué Mariátegui no pensaba de este modo? Sostener eso, o darlo a entender, significa, en el mejor de los casos, desconocer la obra teórica y práctica de José Carlos y su conducta política concreta en las circunstancias más significativas de su vida; significa desconocer nada menos que el contenido esencial de su histórica polémica con Haya de la Torre y del ulterior rompimiento con el pequeño grupo "socialista" encabezado por Luciano Castillo.

Como su nombre indica, el Apra nació —en efecto— como una "Alianza Popular Revolucionaria Americana", digamos, como un frente único antimperialista) apoyado inicialmente por Mariátegui como Alianza Antimperialista, es decir, como frente único. Pero el mismo José Carlos ya había deslindado ideológicamente, en forma muy precisa y diáfana, la diferencia sustantiva entre frente único y partido, al proclamar en su mensaje titulado "El 1o. de Mayo y el Frente Único" (1924) que: "*Dentro del frente único cada cual debe conservar su propia filiación y su propio ideario. Cada cual debe trabajar por su propio credo*", subrayando después, repetidas veces, que "*El Frente Único no anula la personalidad, no anula la filiación de ninguno de los que lo componen. . . Dentro del frente único, cada cual debe conservar su propia filiación y su propio ideario*".

En contraposición a este punto de vista, Haya de la Torre y sus compañeros formularon, precisamente, la tesis del partido pluriclasista y convirtieron al Apra, que inicialmente fuera una alianza antimperialista, en un "*partido de trabajadores manuales e intelectuales*" o "*partido de frente único*". Ratificando así, en la práctica, su desconocimiento del derecho y la necesidad de nuestra clase obrera a tener su propio partido. Sustentaban semejante tesis en una supuesta incapacidad cuantitativa y cualitativa del proletariado peruano, por ser entonces una clase relativamente joven y débil —según ellos—, con insuficiente desarrollo ideológico y político. Mariátegui replicó a esto aludiendo al papel determinante desempeñado ya por nuestra clase obrera en el desarrollo económico del país; papel que se incrementaría más aún en concordancia con la creciente integración del país en el sistema capitalista. Replicó igualmente refiriéndose a la capacidad de combate

demostradas por el proletariado peruano en las jornadas de 1918-1919 y a la honda repercusión política que ellas tuvieron. Al profundizar la polémica en torno al tema del Apra como alianza o como partido, hasta el punto de imposibilitar cualquier entendimiento, José Carlos Mariátegui dirigió, a mediados de 1928, una carta a la célula aprista de París, definiendo en los siguientes términos los motivos principales de la inminente ruptura.

“Cualquiera sea el rasgo que siga la política nacional, y en particular, la acción de los elementos con que hasta ayer habíamos colaborado, identificados en apariencia, los intelectuales que nos hemos entregado al socialismo, tenemos la obligación de reivindicar el derecho de la clase obrera a organizarse en un partido autónomo. . . Si hay otros que quieren un método original, pequeño burgués, caudillista, perfectamente, que vayan por su cuenta. Yo no los acompañaría ni los apruebo”.

Y efectivamente, Mariátegui no acompañó ni aprobó la tesis del partido pluriclasista, o “partido revolucionario de masas”, que hace más de medio siglo postularon los fundadores del aprismo y hoy pretenden rehabilitar nuestros amigosseudomariateguistas. Tan cierto es que no aprobó semejante tesis, que, habiendo sido ése el punto central de su ruptura con el aprismo en gestación, también determinó luego la ruptura con el grupo comandado por el abogado Luciano Castillo. En efecto, dicho grupo se solidarizó con la posición sostenida por el aprismo naciente sobre ese tema y, al ser derrotado el mencionado grupo “socialista” en el seno del Comité Central Organizador, presentó su renuncia para formar meses después su propio partido.

MARIATEGUI, EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO Y EL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL

La tesis del partido pluriclasista, flagrante deformación del pensamiento de Mariátegui, no tiene sólo ese alcance, sin embargo, lleva a nuestros amigosseudomariateguistas a cuestionar el internacionalismo proletario, que constituye otro de los principales rasgos de la ideología marxista-leninista de Mariátegui y otra de las fuentes vitales de su pensamiento.

En nombre de su “mariateguismo”, nuestros noveles amigos sostienen entre otras cosas, por ejemplo, que el partido concebido por Mariátegui nada tuvo ni tendría que ver con el Movimiento Comunista Internacional, con la revolución mundial. Olvidan que ésa no fue la posición de Mariátegui, si no más bien la que sostuvieron los fundadores del Apra, que consideraban las ideas y la obra de nuestro Amauta como reflejo obediente de intereses y consignas internacionales. Imputación que le hizo también el gobierno de Leguía al perseguirlo y apresarlo dos veces; imputación sostenida hoy por el señor Belaúnde Terry y la prensa

reaccionaria, cuando proclaman, como algo encomiable, su propósito de impedir la introducción de “ideas exóticas” y “consignas foráneas o extrañas”. Como si las ideas tuvieran fronteras, como si el cristianismo no hubiera nacido fuera de acá, como si el liberalismo no fuera importado de la Revolución Francesa.

En contraposición a semejante estrechez de miras, y fundamentando la razón principista de su acendrado internacionalismo, y sus vínculos con el Buró Sudamericano de la I.C., Mariátegui escribió lo siguiente:

“Si la revolución liberal, nacionalista en sus principios, no pudo ser actuada sin una estrecha unión entre los países sudamericanos, fácil es comprender la ley histórica que en una época de más acentuada interdependencia y vinculación de las naciones, impone que la revolución social, internacionalista en sus principios, se opere con una coordinación mucho más disciplinada e intensa de los partidos proletarios”.

Y al atacar concretamente la oposición del grupo de Luciano Castillo a la afiliación del Partido a la Internacional Comunista, planteaba tácitamente que deberíamos integrarnos a la I.C. Hay hechos concretos, por lo demás, que los revolucionarios recientes parecen desconocer, Por ejemplo, nuestro Partido, aún teniendo el nombre de Socialista, concurre a la Primera Conferencia de Partidos Comunistas Latinoamericanos, realizada en Buenos Aires, en junio de 1929. Y no sólo asistió a dicha Conferencia, sino que participó con dos tesis, elaboradas por el propio Mariátegui, que formaron parte del temario. Esto significa que la delegación peruana fue informante de dos temas, de suyo cardinales: el de la lucha antimperialista y el problema de las nacionalidades (que, por pecado original, se denominó “El problema de las razas”).

Después de la Conferencia argentina, a pesar que la mayoría de la misma no anduvo de acuerdo con nuestro nombre primigenio de Partido Socialista, y nos aconsejó cambiarlo, ello no implicó que en algún momento se rompieran o debilitaran los lazos de unión de nuestro Partido con el Movimiento Comunista, representado por el Buró Sudamericano de la III Internacional. Por el contrario, en aplicación de los acuerdos del foro bonaerense, en vida de Mariátegui se comenzó a trabajar por el cambio de nombre. No es ésta la ocasión de relatar cómo se efectuó ese cambio dos reuniones después del fallecimiento de José Carlos, lo que sí cabe subrayar es que la decisión culminó un proceso iniciado por Mariátegui.

Casi la totalidad de los que participamos en los trabajos iniciales de construcción del Partido, votamos por el cambio de nombre. Yo puedo decir —y lo digo en el libro que voy a publicar pronto— que tuvimos una reunión con Mariátegui en torno a este tema, y que él se avino al cambio antes señalado, por las condiciones que se explicarán allí.

Quienes votamos a favor del cambio de nombre fuimos consecuentes con Mariátegui, nos ceñimos a su más íntimo pensamiento. A partir de nuestra participación en la Conferencia de Buenos Aires y de nuestra afiliación expresa a la Internacional Comunista, nada justificaba el mantenimiento del nombre anterior. Y así lo comprendió José Carlos.

DEL MARXISMO AL MARXISMO-LENINISMO

Antes de terminar esta Conferencia polémica, creo necesario complementar su contenido ideológico, refiriéndome a la confusión o desconocimiento mostrado por algunos amigosseudomariateguistas respecto al leninismo y al marxismo-leninismo.

El marxismo es una concepción científica del mundo, aplicable a todos los países. Del marxismo se extraen las leyes objetivas del desarrollo social, leyes científicas. Como Marx no vivió la etapa del imperialismo y en esa época el sistema capitalista se desarrollaba independientemente en cada país, consideró que la revolución proletaria comenzaría más probablemente en esos países, cada uno por separado, presumiendo que en el contexto nacional de uno y otro, la clase obrera crecería hasta convertirse en la clase mayoritaria y la explotación capitalista se haría más cruel e insostenible, hasta hacer crisis y abrir paso a la revolución socialista. En ese esquema no se previó claramente el fenómeno imperialista.

Marx avizoró, como dijimos, la necesidad de la unión de los proletarios de todos los países.

¿Pero, qué ocurre cuando aparece el imperialismo? El imperialismo significa que las potencias capitalistas más desarrolladas comienzan a colocar sus capitales y productos fuera de su país, convirtiendo el mercado nacional en internacional y la integración de los países dependientes al sistema internacional capitalista.

Las mencionadas potencias capitalistas se dividen el mundo, creando sus propias esferas de influencia. Cuando esto ocurre, surge el sistema capitalista mundial, integrado ya no sólo por los grandes países capitalistas, sino también por los países atrasados que pasan a la condición de colonias, semicolonias o Estados dependientes, proveedores de materias primas y de mercados abiertos a la producción industrial de las grandes potencias, pertenecientes al sistema.

Marx intuyó que vendría una etapa del capitalismo monopolista, como producto dialéctico de la libre competencia, cuya dinámica conduce a que las empresas capitalistas más fuertes absorban a las más débiles. Lo que no alcanzó a prever Marx es que ese proceso de mono-

polización llevaría a la exportación de capitales y a la pugna entre potencias capitalistas por conquistar mercados y fuentes de materias primas, fuera de su propio país.

En la época del imperialismo, el nivel de concentración monopolista llega a un grado mucho más alto de lo previsto por Marx, debido a su coincidencia con el descubrimiento de nuevas tecnologías en la producción industrial. Se descubre la electricidad, en reemplazo de la máquina a vapor. Contando con esa fuente de energía y propulsión, se inventan la locomotora, los barcos motorizados, los aviones, etc. Todo lo cual da un nuevo avance cualitativo con el descubrimiento de los hidrocarburos. La necesidad de que se conquisten nuevas fuentes de energía convierten el descubrimiento del petróleo en el alma del motor a combustión.

Con el desarrollo de estas nuevas técnicas, el capitalismo pasa a su fase superior, imperialista. Ahora bien, ¿qué ocurre en ese momento? Ya no se puede hablar de la lucha aislada en cada país. La dinámica revolucionaria adquiere carácter mundial, pues el capitalismo que sacaba la plusvalía al proletariado de su propio país, ahora empieza a extraerla también, y principalmente, de los trabajadores de los países extranjeros dominados, engendrando así una nueva contradicción. Sumada a la contradicción de clases, surge la contradicción de los países imperialistas entre sí y de cada uno de ellos con los países dependientes, con los coloniales y semicoloniales. Lo que, de otro lado, permite a la burguesía de los países imperialistas hacer algunas concesiones a las capas técnicamente más calificadas del proletariado de sus países, estimulando en ellas el fortalecimiento de tendencias reformistas y parlamentaristas, en desmedro de la lucha revolucionaria.

De otro lado, sin embargo, en los países dominados, que conservan fuertes remanentes feudales, el latifundismo, o sea la clase que explota la tierra y a los campesinos, se unce al carro de los conquistadores imperialistas. Y, en el bando contrario, el proletariado agrícola y los campesinos pobres se unen al proletariado urbano, adquiriendo, entonces, la revolución un doble carácter obrero-campesino. El campesinado se convierte en el aliado principal de la clase obrera en marcha hacia la revolución, y ésta toma una dimensión mucho más grande y universal, dado que ningún país puede mantenerse al margen de este proceso.

No se trata, por consiguiente, de que Lenin elaborara su teoría en base a la situación de Rusia y como algo aplicable solamente en ese país. Lenin actualizó el marxismo para la etapa del imperialismo y su concepción se torna internacional por cuanto los efectos de la penetración y el saqueo imperialistas se sienten en todo el mundo capitalista, los sentimos todos. Negar que el marxismo y el leninismo tienen vigencia universal, significa, pues, negar la existencia del imperialismo.

Hipótesis artificial y subjetiva que no la pueden formular sino quienes ignoran a Lenin, quienes no lo han leído, quienes lo conocen sólo de oídas y con prejuicios infundados.

Deficiencia o ignorancia que se agrava tratándose de intelectuales, muchos de ellos con títulos académicos de sociólogos o científicos sociales, imbuídos sin embargo de una especie de chovinismo anacrónico, de un estrecho criterio nacionalista, similar al que conlleva el pensamiento más reaccionario.

EL ANTIMPERIALISMO MARXISTA-LENINISTA DE MARIATEGUI

Refiriéndonos a las consecuencias de la dominación imperialista en nuestro país, debemos señalar que la ley general de todas las revoluciones es una. Esta ley general, descubierta por Marx, indica que las fuerzas productivas se encuentran en un proceso de constante perfeccionamiento, el cual las lleva a entrar, en un determinado momento, en pugna insoluble con las relaciones de producción existentes, pugna que sólo puede resolverse con la revolución antimperialista, encaminada al socialismo. El imperialismo impide, en nuestro caso, que las fuerzas productivas peruanas se desarrollen libremente, imponiendo sus intereses por sobre los intereses nacionales. Basta para demostrarlo la reciente política económica de Ulloa y Rodríguez Pastor, que obliga a cerrar las fábricas peruanas, impidiendo así su competencia con las empresas imperialistas o transnacionales. Política que lleva a este gobierno a desnacionalizar y privatizar las empresas estatales y asociativas.

Sin abundar en mayores consideraciones, demostraremos cómo vio Mariátegui este fenómeno, citando el siguiente concepto:

“Aquellos que dicen que el Perú, y América en general, —escribió— viven muy lejos de la revolución europea, no tienen noción de la vida contemporánea, ni tienen una comprensión aproximada siquiera de la historia. Esa gente se sorprende que lleguen al Perú los ideales avanzados de Europa, pero no los sorprende, en cambio, que llegue el aeroplano, el trasatlántico, el telégrafo sin hilos, la radio y todas las expresiones más avanzadas, en fin, el progreso material de Europa. La misma razón para ignorar el movimiento socialista, el marxismo; habría para ignorar, por ejemplo, la teoría de la relatividad de Einstein”.

Sobre la filiación marxista-leninista de Mariátegui y de nuestro Partido, no existen dudas. En el cuarto punto del Programa que él redactara, destaca lo siguiente:

“El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú lo adopta como su método de lucha”.

En torno a esto mismo, cabe añadir algo más a lo ya expresado sobre la ruptura de Mariátegui y el Comité Organizador del Partido con el grupo socialista que encabezó Luciano Castillo. Este es un elemento de juicio que descuidan, a propósito, quienes quieren deformar el pensamiento del Amauta.

Preguntamos: ¿por qué rompió este grupo con Mariátegui? Lo hizo porque el Partido se afilió a la III Internacional, y se definió, con claridad meridiana, partido marxista-leninista.

MARIATEGUI Y EL LENINISMO

Verdad es que José Carlos Mariátegui, en sus referencias iniciales a la Revolución Rusa, no habla de leninismo. En el año 1923, en sus primeras conferencias en las Universidades Populares González Prada —cuando todavía estaba vivo Lenin— no se conocían acá sus obras fundamentales: “El imperialismo, etapa superior del capitalismo” y “El Estado y la Revolución”. Mariátegui no iba a inventar el nombre de *leninismo*, cuando éste todavía ni en Europa existía y hasta el propio Lenin no lo aceptaba, al igual que Marx no aceptó que a su teoría se le llamase marxismo.

Reflexionemos: ¿quién, en vida, ha de admitir que a una corriente filosófica o ideopolítica se le dé su nombre? En esos años, todavía no se caracterizaban pues los aportes de Lenin al marxismo como “marxismo-leninismo”. El propio Mariátegui —si estuviera vivo— no admitiría que nos digamos mariateguistas ni aún a nosotros que continuamos con el Partido que él fundara. Con mayor razón no permitiría que lo hagan los pseudomariateguistas. Lo que de ninguna manera entraña que el marxismo-leninismo no existe o que su nominación sea incorrecta, como tampoco el hecho de que Mariátegui no mencionó insistentemente al leninismo, puede significar que él no fuera leninista.

No obstante, el autor de los “7 Ensayos”, al referirse a Lenin con motivo de su muerte, sostuvo:

“El proletariado revolucionario ha perdido al más grande de sus conductores y de sus líderes; el que con mayor eficacia, con mayor acierto y con mayor capacidad ha servido a la causa de los trabajadores, de los explotados, de los oprimidos. Ninguna vida ha sido tan fecunda para el proletariado revolucionario como la vida de Lenin. El duelo de los trabajadores es, pues, universal y unánime” (en *Claridad*. No. 5, marzo de 1924).

A lo que añadió:

“Lenin nos prueba en la política práctica, con el testimonio irrecu-

sable de la revolución triunfante, que el marxismo es el único medio de proseguir y superar a Marx”.

Mariátegui reconoce, pues, en Lenin al continuador de la obra de Marx, superándola dialécticamente, porque la actualizó, lo cual justamente constituye el leninismo.

MARIATEGUI, EL INTERNACIONALISTA

Mariátegui, nuestro primer ideólogo y sociólogo, el que descubrió la realidad peruana; por lo tanto, el más peruano de todos los peruanos, ¿qué dice sobre el internacionalismo? Al elaborar su ficha autobiográfica, escrita a solicitud de un intelectual argentino, amigo suyo, declara:

“De fines de 1919 a mediados de 1923 viajé por Europa, residí dos años en Italia donde desposé una mujer y algunas ideas”.

Es en Europa, justamente en Italia, y más precisamente en Liborno, donde Mariátegui se empapa de las ideas del marxismo, cuando el Congreso del Partido Socialista Italiano —reunido en esa ciudad—, se divide y surge el Partido Comunista Italiano (1922). Mariátegui se pliega a este último. Al mismo tiempo que estudia el marxismo en base a la experiencia europea, comenzando con la Revolución Rusa, adquiere su concepción definida del socialismo científico.

En un documento que envía a la Conferencia de Buenos Aires sobre la “Evolución de las clases sociales en el Perú”, expresa lo siguiente:

“Nos habíamos entregado a Europa sin reservas, hasta la última gota; con un ansia subconsciente de evasión, a Europa, a su tragedia. Y descubrimos, al final, nuestra propia tragedia, la del Perú la de Hispanoamérica”.

Sucede, por consiguiente, que, desde el exterior, Mariátegui descubrió al Perú. Y lo descubrió efectivamente, como reconoce Jorge Basadre, en el sentido de su realidad y de su evolución social.

Finalmente, camaradas, con todo el valor que tiene la investigación de la realidad peruana, el contenido de los “7 Ensayos”; con todo el valor universal y perenne que significa la fundación del Partido y la de la CGTP; contribuciones muy concretas a la revolución peruana; siendo por todo ello JCM merecedor de considerársele el más peruano de todos los peruanos, sin embargo, si tomamos en cuenta la cantidad de escritos, ensayos, artículos, etc.; veremos que son mucho más numerosos los realizados acerca de los problemas internacionales que sobre el Perú.

No porque les diera menos importancia a estos últimos, sino que entonces se vivía una circunstancia histórico-universal indesligable entre lo nacional y lo internacional. Implica, pues, que siendo el alma más pe-

ruanista, resulta también la más internacionalista, ya que nunca separó ambas categorías.

MARIATEGUI, EL COMBATIENTE, EL POLEMISTA

Finalizo diciendo lo siguiente: la vida de Mariátegui, por ser el fundador del Partido, de la CGTP y el introductor del marxismo en el Perú, fue esencialmente polémica. Los pocos años de vida que tuvo, en los cuales desarrolló en teoría y práctica, su concepción revolucionaria, estuvieron marcados por un sentido polémico, el cual devino de la lucha de clases en que se encontraba inmerso; devino del enfrentamiento contra quienes levantaban ideas extrañas al marxismo-leninismo, y en defensa y desarrollo de aquéllas que interesaban vitalmente a la revolución peruana.

Todas las obras escritas de Mariátegui tienen un contenido polémico, de lucha contra la reacción que le atribuía todos los delitos habidos y por haber; del choque con los fundadores del aprismo, que negaban el derecho del proletariado a tener su propio partido, bajo el pretexto de un nacionalismo estrecho; del enfrentamiento con el grupo de Luciano Castillo, que constituyó la primera escisión del Partido, encarnado entonces en el Comité Central Organizador del cual ese grupo había formado parte.

Después de la muerte de Mariátegui surgieron, como ya dijimos, diversos intentos por mixtificar su obra; los apristas, primero, esforzándose durante largo tiempo en demostrar que el Amauta había sido “fundador del Apra”, “precursor del aprismo”, “aprista de los primeros tiempos”. Empeñados, por consiguiente, en ocultar —incluso— la polémica que éste desarrolló con Haya de la Torre. ¿Qué cosa persiguen? Aprovechar el prestigio de José Carlos Mariátegui y utilizarlo a su favor, robando su imagen y sus merecimientos. ¿Y ahora quiénes pretenden hacer lo mismo? Desgraciadamente se trata de jóvenes revolucionarios y amigos. Pero, así como defendimos la integridad ideopolítica de Mariátegui en ocasiones anteriores, ninguna consideración que no sea estrictamente principista, nos impide hacerlo ahora, nuevamente.

No obstante, debemos reconocer que esta última polémica tiene un lado positivo. Recordando que lo más fecundo y perenne de la obra del Amauta se realizó en forma combativa, la celebración de este 89 aniversario de su nacimiento, encuentra su marco más adecuado al abrir nosotros polémica frontal contra quienes, creyendo equivocadamente que así labrarán su futuro, tratan de adulterar su pensamiento y el sentido de su acción, tomando, incluso, su nombre, al servicio de ese propósito que no fue de ningún modo el de José Carlos.

Muchas gracias.

(Aplausos prolongados).

(Conferencia sustentada en el local del Comité Central del PCP por el Secretario General del mismo, camarada Jorge del Prado, el día sábado 18 de junio de 1983).

PRESENTACION

El material que publicamos en este folleto es la versión corregida de la conferencia pública dictada por el camarada Jorge del Prado, Secretario General del Partido Comunista Peruano en el local del Comité Central el pasado 16 de abril con ocasión de conmemorarse el octogésimo noveno aniversario del nacimiento del Gran Amauta, José Carlos Mariátegui.

Por la importancia del tema y la actualidad de los conceptos expuestos en dicha conferencia la reproducimos en su integridad, corregida por el propio autor.

Esperamos que este material sirva de fuente de consulta y arma ideológica contra aquellos que pretenden desvirtuar el pensamiento y la obra del Amauta.

Los Editores.

U.N.M.S.M. BIBLIOTECA CENTRAL



000000267907

EDICIONES UNIDAD S.A.

LIMA 1983

UNMSM-CEDOC